

## Reseñas

SCOTT APPELROUTH y LAURA DESFOR EDLES, *Sociological Theory in the Contemporary Era: Text and Readings*, Thousand Oaks (California), Pine Forge Press, 2007, 667 pp.

JOSEPH HODARA\*

He aquí un texto insoslayable para cualquier docente o investigador de las ciencias sociales. Aborda la evolución y los planteamientos paradigmáticos de la teoría sociológica desde los años treinta hasta nuestros días. No escasean por cierto los análisis monográficos y las antologías consagrados a pasar revista a los “clásicos” de la sociología a partir de Comte, Marx, Durkheim y Weber. Los más atrevidos se arriman a Talcott Parsons. Pero faltaban exámenes prolijos del quehacer teórico de la sociología —que en estos tiempos ya no puede divorciarse del psicoanálisis, de la historia y del análisis de las relaciones internacionales, pues ya no es posible eludir el ánimo multidisciplinario si en verdad se pretende descifrar los códigos del universo contemporáneo.

Esta lamentable ausencia ahora se corrige gracias a esta antología imaginada y escrita con profundo sentido didáctico. Las indagaciones en torno al estructuralismo funcionalista, a la teoría “crítica”, a la dramaturgia, a las versiones del postestructuralismo y del postmodernismo, rematando en las posturas poscoloniales, permiten al lector interesado apreciar el presente estadio de la reflexión sociológica y su aptitud para conducirnos a una mejor comprensión del entorno social contemporáneo.

La organización de los contenidos del libro se apega a una metodología acertada pues combina la biografía de los teóricos, el comentario de las tesis y conceptos principales que han aportado —no dejan de subrayar que la interpretación es inevitablemente parcial y subjetiva—, y una selección de textos originales que facilitan la relectura de las innovaciones temáticas y analíticas contribuidas por figuras sobresalientes de la sociología. Claramente, esbozos biográficos de autores como Merton, Horkheimer, Betty Friedan, Baudrillard, Lyotard y Said permiten captar las aristas personales y el contexto social que gravitaron en ellos y en la génesis de los conceptos que auspician. Por otra parte, la inclusión de textos donde presentan sus observa-

\* Bar Ilán University, Israel.

ciones y razonamiento ayuda a verificar si las glosas de los editores son acertadas o parciales.

Esta obra arranca con cuatro interrogantes fundamentales. Una: ¿en qué consiste una teoría sociológica? La segunda: ¿por qué es importante estudiarla? Otra: ¿cuáles son sus representantes conspicuos en la segunda mitad del siglo XX? Y en fin: ¿cómo se debe evaluar una teoría determinada? Interrogantes que constituyen los hilos conductores de esta didáctica antología.

Desde el comienzo los autores indican que las ciencias sociales (y no sólo ellas, por cierto) no pueden eludir el acto interpretativo (p. 2). Cualquier caracterización de hechos empíricos —desde una revolución política a la trayectoria del átomo— es inevitablemente fragmentaria e inconclusa; exige una postura hermenéutica que pondera sólo un ángulo del fenómeno, organiza subjetivamente las observaciones y les imprime un significado. El juicio así enhebrado es relativo y parcial, pero cuando se suma a otro, en un contexto de libre comercio de ideas, emerge una descripción razonablemente exacta, aunque siempre falsificable —no olvidar a Popper—, de la realidad. Así las cosas, una teoría es un conjunto lógicamente articulado y sistémico de proposiciones generales que se refieren a uno o más fenómenos, sin agotar la sustancia que los informa. Es decir, los conceptos designan una esquina de la realidad, y ésta a su vez se torna razonablemente inteligible por obra del concepto. Relación necesaria que, en el caso de la teoría científica, debe suministrar, primero, la explicación y la predicción de un dato empírico, y, después, producir hipótesis susceptibles de ser comprobadas o desmentidas.

Las leyes de Newton constituyen el ejemplo paradigmático de esta caracterización. Sin embargo, las ciencias sociales exhiben rasgos que en buena medida reducen y opacan la capacidad predictiva de las ciencias naturales. La singularidad de las primeras se origina en el hecho de que no sólo describen el fenómeno, sino que lo evalúan, acto que implica una postura ética, prescindible en alta medida en las ciencias naturales. Por añadidura, las ciencias sociales se refieren a percepciones y realidades que mudan constantemente y refieren contextos sociales hondamente desiguales. Estas mudanzas resultan de una pluralidad de causas que es laborioso —si no imposible— discernir con precisión. De aquí la dificultad de proponer leyes universales para el quehacer social, tarea por cierto viable en la epistemología newtoniana. Sin embargo, la reflexión sociológica se ajusta a sólidos principios metodológicos que minimizan la arbitrariedad de los juicios o indagaciones, con miras a que restricciones políticas o sectarias no vedan el fluido trajín de las ideas.

En cuanto a la segunda cuestión (quiénes son los sociólogos contemporáneos que constituyen referencia obligada en el análisis de problemas contemporáneos), los autores subrayan la importancia de las tradiciones racionalistas impulsadas por el Iluminismo (p. 5) que gestaron, primero, el concepto y la vigencia de una sociedad civil, es decir, espacios de libre examen alejados de controles gubernamentales y, más tarde, el nacimiento de revoluciones sociales y tecnológicas dirigidas a consolidar los valores iluministas. Esto no implica que conductas adversas a la racionalidad —como mitos, rituales, monopolios del poder y del saber— no hayan suministrado también temas al discursar sociológico. Pero debieron someterse al cabo al examen sobrio y

equilibrado so pena de constituirse en arbitrarias ideologías que inhiben el quehacer científico.

La tercera interrogante elevada por los autores los conduce a postular que la teoría sociológica aún se sostiene en el trío Marx-Durkheim-Weber. De ellos emanaron nuevas combinaciones de ideas e imágenes que se revelaron más ajustadas a la dinámica social. No es posible ni legítimo olvidarlos, pero es un error afincarse solamente en ellos (p. 72).

Finalmente, las teorías sociológicas se diferencian entre sí conforme al énfasis que ponen en alguna variable que se considera clave o responsable de procesos y estructuras que informan el universo contemporáneo. Ejemplos: secuencias de estabilidad y cambio, tendencias sociales inéditas y apenas comprensibles, nuevos ordenamientos del poder, la riqueza y el saber en una sociedad determinada, la conformidad o el rechazo a modas y rituales importados de otras culturas, las implicaciones de la globalización económica y cultural, el resurgimiento de los fanatismos religiosos en contextos postindustriales, y otros temas.

Esta obra pasa revista, primero, a las versiones disímiles del estructuralismo funcionalista de Talcott Parsons y de Robert Merton (p. 56), postura que acuñó términos indispensables como “norma”, “rol”, “sistema social”, “funciones latentes”, “profecía que se cumple a sí misma”, etc. Cómo y por qué se mantiene el orden social constituyen la preocupación básica de esta postura, particularmente en la sociedad norteamericana hoy signada por un controversial multiculturalismo. La antología enseña que, en contraposición a este planteamiento y casi en paralelo, se articuló la teoría crítica de Horkheimer y Adorno, que germinó en Europa, en los años treinta, cuando el viejo continente estuvo sometido a torbellinos autoritarios. A esta postura debemos conceptos importantes como la “violencia sublimada”, la “irracionalidad de la racionalidad”, y el brote de aspiraciones e ideologías que fluyeron más de una religiosidad laica (como los fascismos de derecha e izquierda) que de un sereno análisis de los problemas sociales. En este orden de ideas e intenciones, los autores pasan revista a las teorías del intercambio, al simbolismo interactivo y a la dramaturgia de Blumer y Goffman, a la etnometodología propuesta por Garfinkel que a su vez se inspiró en Simmel, Schütz y en el propio Goffman. Sin duda, los capítulos que suscitan mayor interés aluden a las teorías feministas, a los postestructuralismos y postmodernismos, y a las tendencias globalizantes de la sociedad contemporánea con los nuevos géneros de desigualdad que traen consigo.

Los autores organizan estas teorías en gráficas que señalan en el eje horizontal el trayecto de lo individual a lo colectivo, y en el vertical, el tránsito de la racionalidad a la irracionalidad (p. 19). Las teorías examinadas exhiben peso divergente conforme al lugar que las variables propuestas ocupan en el cuadrante. Así, Mead y Durkheim pusieron de relieve factores irracionales como las ceremonias, el tabú, la privación relativa, la identificación afectiva con el Otro, mientras que Marx y Weber habrían hecho hincapié en componentes racionales como la lucha de clases, la desacramentalización del mundo, y la racionalidad sustantiva que se pone de manifiesto en las ciencias y en la libre discusión pública (p. 157). Por otra parte, Horkheimer y Wallerstein subrayaron la importancia de lo colectivo y sus problemas y posibilidades de

liberación, mientras que Blumer y Homans habrían tomado a la conducta individual como base de sus observaciones. Ciertamente, otros teóricos han buscado fórmulas conciliadoras entre lo racional y lo irracional, por un lado, y entre lo individual y lo colectivo, por el otro. Entre ellos, los autores destacan a Habermas, Bourdieu y Giddens (p. 445 y ss).

El retrato biográfico de los teóricos contribuye, como ya se apuntó, a entenderlos con superior precisión. Muchos de ellos conocieron y padecieron regímenes autoritarios y extrajeron, conforme a estas experiencias, lecciones dirigidas a prevenir su reiterada emergencia. Es el caso de los autores de la "teoría crítica", postura que sugiere una síntesis entre Marx y Freud tomando en cuenta las tendencias totalitarias del siglo XX, tanto en la izquierda comunista como en la derecha fascista. Investigadores como Adorno y Erich Fromm debieron refugiarse en la geografía norteamericana, para descubrir allí la tergiversación del humanismo y la propagación de una "violencia sublimada" en contrapunto con las formas democráticas convencionales. Estos nuevos planteamientos inspiraron a la Nueva Izquierda que procuró desprenderse tanto del marxismo dogmático como de los resultados perversos ocasionados por tecnologías y burocracias guiadas por una racionalidad instrumental. Sin embargo, estos teóricos no atinaron en indicar cuáles serían los actores del cambio anhelado, excepto Marcuse que consideró a los estudiantes una "clase liberada" de los intereses materiales y egoístas de la burguesía e incluso del proletariado (p. 109).

Después de pasar revista a otros teóricos que se alimentaron de la convulsiva experiencia social europea y norteamericana, como Wright Mills, Homans y Blau, los autores dedican amplia atención a Irving Goffman, sociólogo original que procuró combinar variables sociales, psicológicas y teatrales, sustentadas en cuidadosas observaciones. Lamentablemente, no todos los aportes de este teórico son conocidos. Sólo sus indagaciones en torno a distintos géneros de "instituciones totales" han merecido atención, con deplorable descuido de su mirada antropológica a diferentes aspectos de la sociedad urbana. Uno de ellos alude a la importancia de los rituales, concepto inspirado en tempranas ideas de Durkheim. A través de ellos el "actor" trasmite mensajes simbólicos que reflejan su autoimagen o la imagen que refleja en el otro. Un ritual puede manifestarse en algo aparentemente sencillo como la manera de vestirse conforme a los dictados de un acto social. Para un picnic, por ejemplo, se tiende a escoger prendas que mal se ajustarían a las expectativas de un vistoso acto gubernamental o de un elegante lugar de trabajo. Todos somos actores y actuamos conforme a guiones que con frecuencia otros escriben. Ciertamente, podemos escoger desempeños inesperados o inadecuados, pero en tal caso debemos arriesgarnos a pagar un costo social en términos de aprobación o repudio. Estas reflexiones alimentan una dramaturgia social en la que los actores interactúan con el público recibiendo ovaciones o rechiflas (p. 179).

Enriqueció este fascinante juego hermético abierto por Goffman un teórico de formación filosófica: Alfred Schütz. Este internalizó las intuiciones y conceptos de la fenomenología sugeridos por Kant y Husserl y los remitió a la vida social, argumentando que el significado que imprimimos a un objeto o suceso es lo que define su importancia relativa. Cada uno crea el mundo que lo rodea y conforma, y actúa según su

personal definición (p. 261). Ciertamente, este acento de Schütz en la interpretación y en el significado evoca el concepto de *Verstehen* acuñado por Max Weber. Cada sujeto tiene un cúmulo de conocimientos que le permite manejarse y evaluar su realidad. Cuando una conducta no resulta conforme a las expectativas, el sujeto precisa ponderar la posibilidad de cambiarla. Se verifica una tendencia a ahorrar esfuerzo a través de “recetas” que nos dictan cómo conducirnos en determinadas circunstancias. Si tuviéramos necesidad de inventar constantemente formas de conducta, nuestro cerebro estallaría o se mantendría en un constante caos. Actuamos con dosis fluctuantes de rutina y de innovación. Los conceptos de Schütz serán ampliados más tarde por Peter Berger y Thomas Luckman, sociólogos algo más conocidos que el propio Schütz.

Los autores de este importante texto no descuidan algunos aspectos de las teorías feministas. Son objeto de particular atención las de Nancy Chodorow y Judith Butler. Ambas pusieron de manifiesto las raíces estructurales e históricas de la inferioridad social (en los mercados laborales, por ejemplo) de la mujer respecto del varón. Estas desiguales relaciones de poder suelen producir una fisión en la conciencia social, desbaratando el concepto formal de la igualdad de derechos. La mujer aparece como una identidad ontológica inevitablemente distinta e inferior al varón. Chodorow, en particular, rechaza los conceptos presumiblemente “machistas” de Freud, en particular la envidia del pene y el orgasmo vaginal. En su opinión, fueron inventados por el varón para su propio beneficio narcisista o social. Demuestra por añadidura que la identidad de género se gesta tempranamente como resultado de los estímulos creados por quien satisface las necesidades primarias del niño, generalmente la madre. Esta identidad ulteriormente se acompaña por procesos de separación (disímiles formas de vestimenta y de juguetes) y de individuación. Somos “entrenados” a ser hombres o mujeres. Pero como la educación se verifica dentro de la familia, donde los papeles sociales son desigualmente distribuidos y compensados, se prolonga la tendencia a reproducir la desigualdad. Cabe entonces romper estos eslabonamientos que traen consigo la marginalización de la mujer y de lo femenino (p. 355).

Judith Butler considera por su lado que la noción de varón o mujer no es biológica: la sociedad la construye. El hombre contemporáneo tiene dosis diversas de ambos géneros. Las diferencias anatómicas no son importantes; lo decisivo es la forma de definir el género. Y éste puede ser ambiguo (como en la matriz heterosexual) por lo que los dictámenes sexistas emanan de una perversidad estructural que debe corregirse (p. 369).

Este relieve desigual de las diferencias de género se torna más comprensible merced a las exploraciones postestructuralistas y postmodernistas, que hacen hincapié en la postura inevitablemente subjetiva de nuestras contemplaciones de la vida social, y en cómo mecanismos de poder (como la televisión) controlan y determinan nuestras actitudes y lenguaje. Lo virtual se antoja más real que la realidad, como si estuviéramos perpetuamente en una sala de cine. El mundo, a juicio de Baudrillard, se torna hiperreal, es decir, condensa una sucesión de actos simulatorios de la realidad (p. 380 y ss). Los hechos reales padecen procesos de fragmentación y vaciamiento de significado, como cuando los medios, después de comentar con voz compungida una masa-

cre en África, disparan un sonoro comercial elogiando a la Coca Cola. La extendida comercialización del espacio social desmantela y esteriliza a la realidad.

En forma didáctica, los autores hacen una distinción sistemática entre el modernismo y el postmodernismo (p. 386) que permite corroborar cómo los términos y estilos tradicionales mudan de significado. Lo que fue —ya no es. Lo que tenía significado —ahora es inútil o superfluo. Conforme a estas ideas, hay necesidad de una “arqueología” (Foucault) y una desconstrucción conceptual (Derrida) a fin de captar el significado profundo de las intenciones y sucesos. La arquitectura de una prisión, por ejemplo, no es arbitraria: responde a intenciones que apenas se confiesan pero que su diseñador conoce (los autores remiten al concepto de Panopticon acuñado por Foucault).

Lyotard amplía estas nociones al examinar cómo la sociedad tiende a computarizarse, a robotizarse, ampliando las posibilidades de manipular y controlar la opinión pública sin necesidad de un régimen antidemocrático explícito, como si la sociedad contemporánea fuera intrínsecamente fascista. De aquí su actitud crítica respecto de las “grandes narraciones”, esto es, las ideologías comprensivas que, como sustitutos de las religiones, vienen a vigilar la vida humana (p. 433). Para retornar a Goffman, la ideología se ha tornado una institución total. El hombre debe defenderse adoptando formas más individualistas y auténticas de vida.

Desde luego, esta revista de las teorías contemporáneas no puede eludir a teóricos como Pierre Bourdieu y Jurgen Habermas. Los conceptos básicos acuñados por estos sociólogos —como *habitus*, campo, capital simbólico, esfera pública y colonización de la vida social— permiten captar aspectos inéditos de la sociedad contemporánea. Y por cierto no pueden faltar los analistas de la globalización, como Wallerstein, Sklair y Edward Said, que procuran examinar cómo cabe entenderla y administrarla (p. 561). El primero alude a sus aspectos económicos y financieros; el segundo, a los culturales; mientras que Said se remite a la conceptualización poscolonialista y a cómo la historiografía en boga se ha ajustado a las referencias y a las imágenes de Occidente. Los tres elucidan asuntos como los orígenes e implicaciones de la globalización como sistema de relaciones mundiales. También examinan si en verdad se está verificando una guerra entre civilizaciones o una sutil aunque parcelada convergencia impelida por la tecnología postindustrial, de la que ningún factor nacional o corporativo puede prescindir (p. 589).

En fin, se tiene aquí un texto de alto valor didáctico. Permite a docentes y alumnos entender con acierto los aportes teóricos y las innovaciones conceptuales de la sociología contemporánea, y por qué los dilemas de la modernidad merecen relectura y reinterpretaciones. Sólo cabe deplorar la ausencia del hacer teórico en y desde la periferia latinoamericana. Un reto para el lector de estas páginas.